

SALUDO NAVIDEÑO EN LA FAMILIA CARISMÁTICA ROSMINIANA

Senderos de Esperanza, caminos de paz

Rosminianos y Rosminianas

en la Iglesia sinodal, misionera y misericordiosa



Un sincero agradecimiento a mi amigo Carlo Carlini, por ilustrar la portada de la carta, que interpreta así: la vida es cuesta arriba, el cansancio es igual para toda la humanidad y la Sagrada Familia se nos presenta con los verdaderos colores de la familia en el plan de Dios. La Estrella es la señal que la humanidad debe seguir y los cristianos dan un corazón de esperanza a los menos afortunados de sus hermanos y hermanas. En el corazón está la santidad de las personas que han respondido SÍ al llamado.

El significado es el siguiente: El Amor que recibimos en la Natividad del Señor, agradecidos por esta gran alegría, se lo devolvemos como signo de fraternidad y esperanza.

A la queridísima Madre, Sor Antonietta y a las queridas Hermanas Rosminianas de la Providencia:

a los Hermanos y Padres del Instituto de la Caridad, a los queridos novicios, postulantes, aspirantes y a todos los jóvenes que están en camino de discernimiento a la vida religiosa, a las Hijas e Hijos adoptivos, a los Adscritos y Adscritas, a los Adscritos Consagrados, a la Madre General Sor Maria Servatrix y a las Hermanas de Nuestra Señora de Usambara,

al Servidor General, el Diácono Alexander Toro junto con las Hermanas y Hermanos de la Familia Fuente Real,

a las queridas Hermanas Carmelitas de Maracaibo, El Alto de Escuque y Lushoto,

a los amigos de la familia Rosminiana, a los exalumnos, a las personas cercanas a las comunidades,

a los familiares, a los parientes, a los creyentes cercanos a nosotros, a los colaboradores, a las personas de buena voluntad,

Queridos hermanos y hermanas:

¡Feliz Navidad 2024!

Con toda la Iglesia estamos junto a la Puerta Santa con el deseo de ser peregrinos de esperanza con el Papa y con todos los buenos, aquellos a quienes Dios ama, y estamos verdaderamente todos.

Hemos aprendido del Papa que la puerta santa es también la de una prisión, o la puerta de tu casa, de tu lugar de trabajo, la entrada de tu escuela o de tu hospital; es también la puerta santa

de tu corazón, para que reconozcas que caminas sobre tierra santa (Ex 3) y te quites los zapatos en adoración ante el hermano, en el servicio, en el silencio eucarístico diario.

Estamos en la Puerta Santa, ¿A qué cosa se abrirá? ¿Qué puntos de vista, qué caminos nos revelara? ¿Corresponden simplemente a nuestras responsabilidades, a nuestros deberes y compromisos, a lo que tenemos que hacer, o son algo más? ¿Son caminos transitables o carreteras inaccesibles? ¿Estamos equipados para caminar -discípulos misioneros- o preferimos el juego de la retaguardia, preferimos no ver y distraernos en otra cosa, decidimos que todo se acabó y solo queremos apagar la luz?

Es el Jubileo de la Esperanza, y el Papa nos llama a ser peregrinos de esperanza. Desde la Biblia, el jubileo indica un tiempo de pausa, de reflexión y de toma de conciencia (cf. Levítico 25). Queremos convertirnos en peregrinos para ver con nuestro corazón y reconocer nuestra esperanza (1 Tim 1,1) y dónde están nuestras esperanzas: ¿qué debemos hacer? (cf. Lc 3,10; Hechos 2,37).

Peregrinantes in spem

Reflexionemos sobre el lema del jubileo, se ha escrito que la expresión oficial en latín indica el movimiento, no simplemente peregrinos, sino de hecho "peregrinando", este es el significado de la forma verbal "peregrinantes". Pero, sobre todo, dice "in spem", no tanto peregrinos "de" esperanza, sino "en la" esperanza.

La Puerta Santa se abre a la vía de la esperanza, que es el camino, la verdad y la vida (Jn 14,16), Jesucristo nuestra única esperanza. Jesús es el camino-esperanza por el que caminamos. Solo así podemos reconocer "a qué esperanza hemos sido llamados" y afirmar con el Apóstol que la esperanza no defrauda, porque su fundamento es el amor de Dios derramado en nuestros corazones (cf. Rm 5, 1-2.5).

Un recuerdo personal, cuando en 2018 me reuní con el Papa Francisco, siendo uno de los padres capitulares; fue simplemente un apretón de manos, el Santo Padre me preguntó dónde estaba y le respondí que en Venezuela... Inmediatamente me dijo: "Quédate ahí a darle esperanza a la gente".

Reconocí las mismas palabras que había pronunciado unas semanas antes a los obispos venezolanos en *su visita ad limina*: "¡Den esperanza, infundan esperanza, sean esperanza entre la gente!"

Entonces, ¿qué debemos hacer para comunicar esperanza, para ser testigos activos de esperanza, para ser una roca de seguridad y refugio para los demás? No son seguridades humanas, por eso la Iglesia nos dice que es un camino, que somos peregrinos, vamos juntos, con una presencia.

Quien ha vivido en situaciones de posguerra o en condiciones sociales dramáticas en regímenes totalitarios sabe lo que significa aferrarse humanamente a otra persona, aferrarse a cada mínima expresión de salvación humana, "tener la esperanza colgando de un hilo", sentir que todo depende realmente de ese "si Dios quiere".

Falsas esperanzas

Cada uno podrá entonces reflexionar sobre las falsas esperanzas que no debemos fomentar, sobre las actitudes referenciales y tóxicas de las esperanzas terrenales y falaces, sobre las esperanzas mundanas que ya tienen en sí el germen de la frustración. En este sentido, es hermosa la reflexión poética del rosminiano P. Clemente Rébora, entre los poemas religiosos:

*Esperaba en mí mismo: pero la nada me atrapa.
Esperaba tiempo: pero pasa, traspasa;
en una cosa creada: no es suficiente y nos abandona.
Esperaba el bien que vendría en la tierra:
pero todo termina, desbordado, en angustia.*

*He pecado, he sufrido, he buscado, he escuchado
la Voz del Amor que llama y no desfallece:
aquí está la esperanza cierta: La Cruz.
Encontré a Quien me amó primero
y me ama y me lava, en la Sangre que es fuego,
Jesús el Todobueno, el Amor infinito,
Amor que da Amor,
el Amor que vive bien dentro del corazón. (...)*

Y más simplemente, cuando prometo visitar a una persona enferma o a una persona mayor y no cumplo mi palabra, estoy alimentando una falsa esperanza; cuando tomo resoluciones de caridad o de servicio que luego resultan inconstantes, cuando no

pongo en práctica la caridad ordenada como nos enseña el beato Rosmini, sea en su orden, moral como en cuanto al estado de vida elegido, y en el orden en que la Providencia me ha venido al encuentro; cuando digo una cosa y pienso exactamente lo contrario en lo que se refiere a la fraternidad, a la caridad, al servicio, entonces estoy destruyendo la esperanza en mí mismo y en los demás, me estoy acercando a los caminos oscuros de una realidad y de un mundo sin esperanza.

A veces, para matar -mortificar- la esperanza en nosotros mismos y en los demás, bastan juicios como "es inútil"; para cerrar el camino de la esperanza, bastan palabras como "no tengo tiempo" o "imposible", ceguera espiritual como diría el beato Rosmini, que procede de un profundo egoísmo. "¡No entristezcáis al Espíritu que hay en vosotros!" (Ef 4,30). "No podemos vivir como los que no tienen esperanza" (1Tes 4,13), y a veces vivimos como "desesperados".

También nos protegemos "no se puede hacer", "mis superiores no lo permiten", "estas son las órdenes recibidas", no queremos "ver con los ojos del corazón, escuchar con los oídos del corazón", "siempre resistiendo al Espíritu Santo" (Hch 7,51-60).

A la larga, uno se convierte en "profeta de la fatalidad", encerrado en sus propios intereses mezquinos, que no puede ver más allá de sus propias narices y ya no puede escuchar a los hermanos a través de los cuales el Señor les habla.

Se trata, por el contrario, de ver con el corazón, como hace María, la primera de los creyentes (cf. *Dilexit n. 19*).

En realidad, incluso en la existencia más complicada, incluso en las personas envueltas en un oscuro manto de

resentimiento y crítica, incluso para aquellos que dicen que todo es malo, si miran en su corazón ven resplandecer la esperanza, porque no viene de él ni de sus capacidades, sino del Señor: es Él, nuestra esperanza (*volver al corazón* escribe el Papa en *Dilexit nos*, nn. 9-16, *un corazón que une los fragmentos*, nn. 17-27).

La esperanza siempre es posible, por eso podemos decir incluso ante la cruz "*ave spes unica*", "salve única esperanza", no tanto el patíbulo de la condenación, como esa madera bañada con la sangre del Hijo de Dios, que nos amó hasta ese punto y sin ningún interés, egoísmo o "recompensa", porque él es Dios. Todas las cruces se transforman, en esperanza.

Hay dos hermanos a los que he elegido como compañeros de oración personal en los últimos meses, dos jóvenes sacerdotes que han recibido del Señor la cruz del sufrimiento físico, el italiano Michele Botto y el venezolano Giovanni Pacheco. Con gran dolor falleció Don Michele hace pocas semanas, ahora espero sea él quien me haya elegido como compañero en su oración al Padre.

Michele y Giovanni son hombres de esperanza, esa esperanza que se enfrenta al sufrimiento sabiendo que en él hay un secreto de salvación y de felicidad eterna.

Michele repitió "está bien" y "gracias" hasta el final con ojos que brillaban de esperanza. Entonces bastaba con encontrarse con la mirada de la madre Ida para una confirmación y, a veces, la situación era realmente crítica, pero la de Michele era la luz de la esperanza de la vida eterna. ¡Espero la vida eterna! (cf. *Spes non confundit*, 19). Porque "en la esperanza hemos sido salvados" (Rom 8,24).

Es una esperanza que hunde sus raíces donde las tiene la cruz, en la gruta de Belén, en la humildad del pesebre y de nuestra vida cotidiana, en las relaciones de fraternidad y proximidad.

Testigos de esperanza

Puedo recibir esperanza de muchos testigos que han sido como Jesús. El día de su cumpleaños, visité al P. Frank Quinn, ahora en un asilo en Irlanda, un gran misionero rosminiano en Tanzania, es muy anciano y tiene la enfermedad de Parkinson... No podía hablar en ese momento y llené su pizarra tres veces para comunicarse con nosotros, con una tenacidad impresionante. Cuando me despedía, me hizo una seña para que le diera la bendición, luego también le pedí la bendición y con voz clara respondió de inmediato, con alegría, en kiswhaili: ... *awabariki Mungu...*

Esta es la esperanza en acción, sin rendirse nunca, avanzando, respondiendo en todo momento a la llamada, a la vida.

¿Otros testigos? Son muchos, dice una nube la carta a los hebreos (Heb 12,1).

Un gran testigo en Cristo, nuestra esperanza (1 Tim 1,1) es el cardenal vietnamita François Xavier Van Thuan, ahora venerable.

Una vida en clave de la esperanza, en la cárcel durante trece años, ocho de ellos en total aislamiento, forzado a la insignificancia y, sin embargo, con la esperanza ¡qué sentido

auténtico ha asumido su vida, qué luz de esperanza proveniente de su encarcelamiento para la Iglesia en Vietnam y para toda la Iglesia!

Me llama mucho la atención el hecho de que las cartas pastorales escritas desde la cárcel, los mensajes diarios -de mil por mil días- escritos en el reverso de las páginas de viejos bloques de calendario, que le regaló un niño y luego copió a mano y distribuyó, tienen como *leit motiv* el testimonio gozoso de la esperanza.

Ninguno de nosotros puede sentirse desesperanzado o desanimado si el "tío Francisco" -como lo llamaban los jóvenes de Tanzania y Uganda- pudiera tener esperanza en estas situaciones dramáticas.

El "tío Francisco" dice a los jóvenes: *Así fue escrito el libro El camino de la esperanza... ahora traducido a ocho idiomas. La gracia de Dios me dio la energía para trabajar y continuar incluso en los momentos más desesperados. Escribí el libro por la noche, en un mes y medio, porque tenía miedo de no poder terminarlo: tenía miedo de que me trasladaran a otro lugar. Cuando llegué al número 1001 decidí parar: son como las 'mil y una noches'*

(...) En 1980 escribí mi segundo libro El camino de la esperanza a la luz de la Palabra de Dios y del Concilio Vaticano II, de nuevo de noche y en secreto, y luego mi tercer libro, Los peregrinos del camino de la esperanza. (...)

Es muy cierto: todos los prisioneros, incluyéndome a mí, esperamos cada minuto la liberación. Pero entonces decidí: "No voy a esperar. Vivo el momento presente, llenándolo de amor". (...)

El padre Maximiliano Kolbe vivió este radicalismo cuando repetía a sus novicios: "Todo, absolutamente, sin condiciones". Escuché a Dom Helder Camara decir: "la vida es aprender a amar". La Madre Teresa de Calcuta me escribió una vez: "Lo importante no es el número de acciones que hacemos, sino la intensidad del amor que ponemos en cada acción". ¿Cómo podemos atraer esta intensidad de amor en el momento presente?

En su oración "en la cárcel, para Cristo", leemos:

(...)

En la oscuridad de la noche

*En medio de este océano de ansiedad, de pesadilla,
lentamente me despierto:*

"Tengo que enfrentarme a la realidad".

"Estoy en prisión,

si espero el momento adecuado

para hacer algo realmente grande,

¿Cuántas veces en mi vida se me presentarán tales oportunidades?

No, aprovecho las oportunidades que se me presentan todos los días,

para realizar acciones ordinarias de manera extraordinaria".

Jesús

No voy a esperar, vivo el momento presente, llenándolo de amor.

(...)

El camino de la esperanza está pavimentado con pequeños pasos de esperanza.

La vida de esperanza se compone de breves minutos de esperanza

(...)

Esta luz de esperanza fue testimoniada en la catequesis a los jóvenes en el Jubileo del año 2000, recogida en el cuaderno del diario: *Cinco panes y dos peces. Del sufrimiento de la cárcel un gozoso testimonio de fe.*

Encuentro en las palabras del Card. Van Thuan, esos otros ejemplos de vida "en esperanza" que yo mismo he querido proponerles, santa Teresa de Calcuta, san Maximiliano María Kolbe, y luego también Charles de Foucauld, san Damián de Molokai y santa Josefina Bakhita.

Madre Teresa, parece por sus diarios personales que después de la llamada de Jesús mientras viajaba en tren para estar con los más pobres entre los pobres, no experimentó el consuelo de la oración durante décadas, sin embargo, estos fueron los años de su mayor actividad misionera y servicio de amor, la respuesta a ese primer Amor (Ap 2,4), a esa luz de esperanza que había iluminado toda la vida y todas las tinieblas personales.

El padre Maximiliano tomó instantáneamente el lugar de uno de sus compañeros para ir a la cámara de la muerte antes de que este último suplicara a los guardias que lo salvaran. Un acto heroico que, como recordaría san Juan Pablo II el día de su beatificación, fue el fruto de muchos actos diarios y repetidos de amor, sacrificio y esperanza en un mundo mejor en el que habita la justicia.

Fratel Charles, asesinado por aquellos por quienes había gastado todas sus energías, tal vez incomprendido. Es la historia de muchos misioneros mártires, imposible sin una fe inquebrantable alimentada por la esperanza, una vida madurada en el amor de Dios.

Escribió a un amigo no creyente, en una carta de marzo de 1902: "La imitación es inseparable del amor, tú lo sabes. Cualquiera que ame quiere imitar. Es el secreto de mi vida: he perdido mi corazón por ese Jesús de Nazaret, crucificado hace 1900 años, y me paso la vida tratando de imitarlo, hasta donde mi debilidad me lo permite".

El padre Damián, permaneció con los leprosos, uno con ellos, misión y vocación fundidas para siempre en el don de sí mismo. Es una roca en la fe y en la esperanza, que le ha permitido vivir este amor al prójimo.

Por último, Josefina, señalada por el Papa Benedicto XVI como un ejemplo de esperanza más allá de los golpes y las mutilaciones, una esperanza que era un encuentro: "uno que me ama de verdad, y pase lo que pase, me está esperando este Amor". (cf. *Spe salvi*, nn. 3-4).

La conciencia de que existe Aquel que me acompaña incluso en la muerte y que con su "vara y su guardia me da seguridad", de modo que "no tengo que temer ningún mal" (cf. Sal 23, 4), esta fue la nueva "esperanza" que surgió sobre la vida de los creyentes, como Josefina Bakhita (*Spe salvi*, n. 6).

Todos estos "esperaban contra toda esperanza", cuando podían ceder a la desesperación o simplemente dejarla ir, no entrometerse, sino que decidieron seguir al Espíritu, "él les enseñará, les aconsejará, les dirá... que deben hacer» (cf. Lc 12, 11-12), los cristianos «cautivados por el Espíritu» (cf. Hechos 20, 22).

“Mis” esperanzas

Desde nuestras esperanzas cotidianas comprendemos que se hace imposible "no esperar" porque forma parte de nuestro ser iluminado por la luz de la Palabra —no es una operación trascendental sino el encuentro con Jesús y su contemplación en el silencio de Belén, del Calvario, de la Eucaristía—, podemos comprender la esperanza para el mundo de una paz que es indispensable, de una acción armónica para la humanidad como tal, por encima de intereses, conveniencias, egoísmos y nacionalismos de todo tipo, ocultos en los pliegues de nuestra vida cotidiana.

Y, sin embargo, también el camino de la paz mundial parece partir de la luz tenue de la esperanza personal, de la bondad que puedo vivir con los que están cerca de mí, como nos indica el Papa en *Fratelli tutti* (nn. 222-224), después de haber tratado la fraternidad en los grandes escenarios del mundo, para convertirnos -cada uno de nosotros- en artesanos de la paz (n. 284).

Como escribe Charles Péguy, la esperanza va de la mano con la humildad. "La fe que más amo, dice Dios, es la esperanza (...) La pequeña esperanza. Como una niña que no tiene fuerzas para caminar (...) pero es ella quien hace caminar a las otras dos" (en su obra *Esperanza. El pórtico del misterio de la segunda virtud*).

Como la esperanza tenaz de esa madre que no se rinde en recuperar a su hijo de las drogas, como esa abuela que todavía trata de ayudar a su familia en todos los sentidos, como ese sacerdote que sigue invitando a los jóvenes a la iglesia, esperando contra toda esperanza como Abraham, nuestro padre en la fe (Rom 4,18).

Cada mañana se abren las puertas de la esperanza, y también las ventanas de la esperanza, y entra la luz del sol de justicia, Jesús, el que renueva todas las cosas, el que nos renueva cada día, el que renueva nuestra comunidad y el rostro de nuestra familia rosminiana " Pues yo voy a realizar una cosa nueva, que ya aparece. ¿no se dan cuenta?" (Is 43,19), «Yo hago nuevas todas las cosas» (Ap 21,5).

Y es él quien nos prepara nuevos cielos, una nueva tierra en la que reinará la justicia (2 Pe 3,13; Isaías 65,17; Ap 21,1), no somos nosotros los que le construimos una casa, sino que él la construye para nosotros (2 Sam 7,4-17), nos construye nuestra familia, nuestra sociedad, nuestra parroquia, nuestro Instituto, ¡la Iglesia!

Siente en tu corazón, hermana, hermano, esas hermosas promesas que el Señor te dice a través del profeta Jeremías... "Él se regocijará por ti, y se renovará con su amor, y se regocijará por ti" (Sof 3,17).

Él para ti antes que tú para él, nos *primerea siempre* (*Evangelii gaudium*, 24), y esta es la verdadera esperanza que podemos tocar con nuestras manos en los días de nuestra vida y que estamos invitados a vivir hasta convertirnos en apóstoles y testigos.

En la encíclica *Spe Salvi*, el Papa Benedicto establece una identidad entre la esperanza y la fe (*Spe Salvi*, nn. 2-3), siguiendo las palabras de Pablo sobre Abraham, que esperaba contra toda desesperanza. Solo hay un precio, nos dice el Papa Francisco, abrir nuestro corazón a esta fe y Él hará el resto (cf. catequesis del 29 de marzo de 2017: *Esperanza contra toda esperanza*).

Los brotes nuevos

La esperanza para el cristiano no es algo que tenga que suceder, sino un hecho, una realidad que ya ha sucedido, es el evento de Cristo que está en el centro de la historia, y está en el centro de mi vida.

Es la invitación apremiante, como la del Padre Fundador en las Máximas, a "colocar" al centro su presencia única y el dialogo con Él.

Si la esperanza en esta perspectiva despierta la frescura de un futuro de luz y de paz, queda mucho -todo- por hacer: por eso la esperanza se refiere al espíritu profético, al anuncio, al testimonio personal.

Levantaré para David un retoño justo (Jer 23,5), un retoño del tronco de Jesé (Is 11,1).

Es tan interesante que el evangelista Mateo, al decir que Jesús sería llamado Nazareno (Mt 2,23), quiere aludir a diferentes significados entrelazados: Nazareo – consagrado a una misión – o a "nacur" el "resto" del que surge un nuevo pueblo, o más bien se referiría a "necer", brote. El mismo es el brote justo y santo, Aquel que será llamado para siempre "Señor, nuestra justicia" (Jer 23,5-8).

Nos preguntamos ¿cuáles son los nuevos brotes en la Iglesia, en nuestra pequeña familia religiosa, en la vida consagrada?

Los brotes indican un futuro de esperanza y al mismo tiempo requieren cuidado y protección para que puedan desarrollarse y crecer.

Los brotes, como el tierno niño de Belén, el rostro de la novedad de Dios empequeñecido y nacido en la generación humana, expresan novedad, renovación y juventud.

Los nuevos brotes en la Iglesia son también las respuestas proféticas a lo que la humanidad y la sociedad necesitan. Son también profecías de caridad y llamadas al servicio dirigidas a nosotros por el Señor en la humildad de Belén, desde el exilio en Egipto y desde el escondite de Nazaret.

El brote de la Iglesia sinodal

La respuesta de la Iglesia al desafío de la esperanza es ser una Iglesia, comunidad sinodal, misionera y misericordiosa. Fue el Papa quien añadió este tercer adjetivo al comienzo de la segunda sesión en octubre, y ser una Iglesia de misericordia caracteriza el

camino de esperanza y paz en el mundo. De hecho, ser Iglesia sinodal significa vivir la conversión del corazón y la reconciliación, ser Iglesia delante de Jesús misericordia.

Un autoproclamado cristiano que no entra en la gratuidad y la misericordia de Dios es simplemente un ateo disfrazado de cristiano. La misericordia de Dios nos hace confiables y responsables, así lo dijo el Papa en la primera Congregación General del Sínodo, el 2 de octubre.

Misericordia et misera son las dos palabras con las que san Agustín describe el encuentro entre Jesús y la adúltera (cf. *Jn* 8, 1-11). No ha podido encontrar una expresión más bella y coherente que ésta para hacernos comprender el misterio del amor de Dios cuando sale al encuentro del pecador: "Sólo quedaron los dos: el miserable y el misericordioso" (carta al final del Jubileo de la Misericordia, *Misericordia et misera*).

Es el camino a recorrer en el futuro, dijo el Papa en 2016, es el estilo sinodal para la Iglesia hoy, es también la puerta que se abre en los caminos de la esperanza para trazar el camino de la paz.

Conversión, arrepentimiento, reconciliación: esta es la dimensión que nos permite vivir el Jubileo en nuestro corazón.

El Papa Francisco en la Misa de clausura del Sínodo (27 de octubre de 2024) comentó sobre la condición del ciego Bartimeo como la de la Iglesia frente a Jesús.

(...) El ciego Bartimeo, entonces, también representa esa ceguera interior que nos bloquea, nos hace permanecer sentados, nos hace inmóviles en los bordes de la vida, sin esperanza. Y esto puede hacernos pensar, no solo en nuestra vida personal, sino también en nuestro ser Iglesia del Señor. (...) Sin embargo, frente a los interrogantes de las mujeres y los hombres de hoy, a los desafíos de nuestro tiempo, a la urgencia de la evangelización y a las muchas heridas que afligen a la humanidad, hermanas y hermanos, no podemos quedarnos de brazos cruzados.

Una Iglesia sentada, que casi sin darse cuenta se retira de la vida y se confina a los márgenes de la realidad, es una Iglesia que corre el riesgo de permanecer en la ceguera y acomodarse a su propio malestar. Y si nos quedamos sentados en nuestra ceguera, seguiremos sin ver nuestras urgencias pastorales y los muchos problemas del mundo en el que vivimos. Por favor, pidámosle al Señor que nos dé el Espíritu Santo para que no nos quedemos sentados en nuestra ceguera, una ceguera que se puede llamar mundanidad, que se puede llamar consuelo, que se puede llamar un corazón cerrado. No se queden sentados en nuestra ceguera.

(...) Y es hermoso que el Sínodo nos impulse a ser Iglesia como Bartimeo: la comunidad de discípulos que, al oír pasar al Señor, sienten el estremecimiento de la salvación, se dejan despertar por la fuerza del Evangelio y comienzan a clamar a Él. Lo hace recogiendo el grito de todas las mujeres y hombres de la tierra: el grito de los que quieren descubrir la alegría del Evangelio y de los que se han alejado; el grito silencioso de los indiferentes;

el grito de los que sufren, de los pobres, de los marginados, de los niños esclavizados por el trabajo, esclavizados en muchas partes del mundo por el trabajo; la voz quebrada, escuchar esa voz rota de los que ya ni siquiera tienen fuerzas para clamar a Dios, porque no tienen voz o porque se han resignado.

No necesitamos una Iglesia que se siente y renuncie, sino una Iglesia que escuche el grito del mundo y —quiero decirlo, tal vez alguien se escandalice— una Iglesia que se ensucie las manos para servir al Señor.

Esta es una imagen de la Iglesia sinodal: el Señor nos llama, nos levanta cuando estamos sentados o caídos, nos hace recuperar una nueva mirada, para que a la luz del Evangelio podamos ver la inquietud y el sufrimiento del mundo; y así, retomados por el Señor, experimentamos la alegría de seguirlo en el camino.

al Señor se le sigue por el camino, no lo seguimos encerrados en nuestras comodidades, no lo seguimos en los laberintos de nuestras ideas: lo seguimos por el camino. Y recordemos siempre esto: no caminar solos o según los criterios del mundo, sino caminar por el camino, juntos, detrás de él y caminar con él.

Hermanos y hermanas: no una Iglesia sentada, una Iglesia permanente. No una Iglesia muda, una Iglesia que recoge el grito de la humanidad. No una Iglesia ciega, sino una Iglesia iluminada por Cristo que lleva la luz del Evangelio a los demás. No una Iglesia estática, una Iglesia misionera, que camina con el Señor por los caminos del mundo.

La sinodalidad es la respuesta de la Iglesia al drama de un mundo sin esperanza y sin paz. En la conclusión del Documento Final del Sínodo titulado "*También yo los envío*". *Formando un pueblo de discípulos misioneros*, leemos:

La sinodalidad, de hecho, implica una profunda conciencia vocacional y misionera, fuente de un estilo renovado en las relaciones eclesiales, de nuevas dinámicas participativas y de discernimiento eclesial, y de una cultura de la evaluación, que no puede establecerse sin el acompañamiento de procesos formativos específicos. La formación en el estilo sinodal de la Iglesia promoverá la conciencia de que los dones recibidos en el Bautismo son talentos que hay que hacer fecundar para el bien de todos: no pueden ocultarse ni permanecer inactivos (n. 141).

Más simplemente, nos preguntamos, ¿cuáles son las esperanzas del sacerdote? ¿Cuáles son las esperanzas de la religiosa? ¿Cuáles son las esperanzas del párroco? ¿Cuáles son las esperanzas de un laico comprometido en la parroquia, de un joven que está haciendo discernimiento vocacional, de un anciano que se está preparando para la cirugía? ¿Cuáles son las esperanzas de una persona pobre que asiste a nuestros centros sociales, las de un maestro en una de nuestras escuelas o las de un padre?

¿Cuáles son las esperanzas de nuestros jóvenes religiosos y religiosas, y las de los jóvenes sacerdotes? ¿Descubriremos en las respuestas los nuevos brotes "no de una era de cambio, sino de un cambio de época" para la esperanza renovada de la humanidad?

¿Cuáles son las esperanzas de nuestras comunidades?
¿Cuáles son las esperanzas de nuestras Congregaciones? ¿Qué espíritu de profecía reconocemos en ella?

Me parece que la reflexión del teólogo Jürgen Moltmann (1926-2024) es inspiradora en la respuesta de la esperanza: una esperanza que busca comprender, esperar para conocer y entender.

La filosofía y la teología del beato Antonio Rosmini también se pueden entender en "esperar y pensar" si pensamos en la finalidad moral, teológica y escatológica de "reducir la verdad a un sistema". Releería, para dar una respuesta y "repensar el pensamiento" (Antonio Staglianò) la Teodicea del Padre Fundador en filigrana con la "Teología de la Esperanza" de Moltmann, junto con la encíclica "Spe Salvi" del Papa Benedicto XVI.

El brote de ser misioneros

Una luz renovada para toda la familia rosminiana, un brote de justicia, en el reconocimiento de nuestra identidad: ¡el rosminiano es un misionero!

Somos misioneros porque respondemos a la llamada del Señor a la caridad "que nos saca" de la contemplación; somos misioneros porque vivimos la disponibilidad total: somos enviados y no elegimos ni los lugares, ni la obra de caridad, ni los compañeros, ni los tiempos, como Jesús mensajero del Padre (*Lumen gentium*, 3-4; *Ad gentes*, 3).

Ustedes no me eligieron a mí; he sido yo quien los eligió a ustedes y los preparé para que vayan y den fruto, y ese fruto permanezca. Así es como el Padre les concederá todo lo que le pidan en mi Nombre. Ámense los unos a los otros: esto es lo que les mando. (Juan 15, 16-17).

¡Soy una misión en la tierra! (Evangelii Gaudium 273).

La misión se convierte en una cuestión de amor (Dilexit n. 208) y requiere misioneros enamorados y que se dejen conquistar por Cristo (ibíd., 209).

Es un amor que se convierte en servicio comunitario (ibíd., 213).

Aquellos que no cumplen su misión en esta tierra no pueden ser felices, están frustrados. Así que es mejor que te dejes enviar, que dejes que Él te lleve a donde Él quiera. No olviden que Él los acompaña (...) Lo ha prometido y lo cumple: «Yo estoy con ustedes todos los días» (Mt 28, 20) (ibíd., 215).

De alguna manera hay que ser un misionero, una misionera, como lo fueron los apóstoles de Jesús y los primeros discípulos, que fueron a proclamar el amor de Dios, fueron a decir que Cristo está vivo y vale la pena conocerlo.

(...) No importa si logras ver resultados, dejalo al Señor que obra en el secreto de los corazones, pero no dejes de vivir la alegría, tratando de comunicar el amor de Cristo a los demás (ibíd., 216).

El brote de la esperanza que Dios tiene para ti y en ti

¡Dios también espera! Él confía y espera en ti, espera algo de ti, de cada uno de nosotros. Dios se hace pequeño para necesitar a su criatura; no hay duda de que Dios obra por nosotros, ¡todas las parábolas de Jesús proclaman esta verdad!

Dios es una mujer que mezcla levadura con tres medidas de harina, Dios es un comerciante que va en busca de perlas preciosas, Dios es un amo que ha confiado sus tesoros a sus siervos, Dios es un agricultor que busca trabajadores para su viña, Dios es el pastor dispuesto a dejar todo el rebaño para buscar una oveja que se perdió, es la mujer que pierde el sueño para encontrar su moneda.

Es tan obvio que se preocupa por nosotros, porque alimenta sus esperanzas en nosotros: todos, todos, todos, todos dice el Papa Francisco.

En la introducción del Sínodo, el Papa se refirió a una homilía de un antiguo padre de la Iglesia, Macario de Alejandría: *... El mismo Macario, en su homilía, nos dice que el Espíritu Santo enciende un fuego en quienes lo reciben, el "fuego de tanta alegría y amor, que si fuera posible llevarían en sus corazones a todos, buenos y malos, sin distinción de ninguna clase". Esto se debe a que Dios acoge a todos, siempre, no lo olvidemos: a todos, a todos, a todos y siempre, y ofrece a todos nuevas posibilidades de vida, hasta el último momento. Por eso debemos perdonar a todos y siempre, conscientes de que la disposición a perdonar nace de la*

experiencia de haber sido perdonado. Solo uno no puede perdonar: el que no ha sido perdonado (2 de octubre de 2024).

Si yo me 'empatizara en tí' como tu te 'empatizas en mí'

Este verso del Sumo Poeta, Dante Alighieri, (Paraíso IX, 81: *si yo fuera en ti como tu eres en mí*) me parece que expresa la profundidad y el profundo deseo en relación con el amor de Dios de la tercera carta encíclica del Papa Francisco: *Dilexit nos, sobre el amor humano y divino del Corazón de Jesucristo.*

De hecho, escribe Francisco, *su corazón abierto nos precede y nos espera incondicionalmente, sin exigir ningún requisito previo para poder amarnos y ofrecernos su amistad (Dilexit nos, n.1).*

El Papa nos recuerda que el algoritmo no puede controlar el corazón, *en última instancia yo soy mi corazón, porque es lo que me distingue, me configura en mi identidad espiritual y me pone en comunión con otras personas (ibíd., n. 14).*

Frente a las guerras fratricidas y al escenario de un mundo sin corazón (ibíd., 22) y frente al propio misterio personal, *quizás la pregunta más decisiva que cada uno puede hacerse es ésta: ¿tengo corazón? (ibíd., 23).*

Es un "milagro social" ver que el mundo puede cambiar desde el corazón: *sólo desde el corazón nuestras comunidades podrán unir las diferentes mentes y voluntades y pacificarlas como una red de hermanos y hermanas, porque la pacificación es también tarea del corazón (ibíd., 28).*

La esperanza viene a nuestro encuentro, está en el presente no en el futuro, está en el hoy, no esperando, postergando o esperando que las cosas cambien por sí solas. La esperanza es ahora, porque es el hoy de la salvación, y desde el corazón de cada persona se produce el "milagro social"

Me parece indispensable reconocer la "autotrascendencia del corazón" en nuestra espiritualidad rosminiana, pasando por el conocimiento y la gracia como la autotrascendencia del corazón.

En este sentido, "la obra de Rosmini es en su conjunto una teología y una filosofía del corazón". Me refiero a un esclarecedor ensayo a este respecto, del Prof. Karl Heinz Menke, *"Que mi corazón sea el tuyo": teología del corazón en Rosmini* (pp. 273-286), en el volumen: *Antonio Rosmini, ¿filósofo del corazón? Philosophia y theologia cordis en la cultura occidental* (1995).

La clave para Rosmini es la inobjetivación o autotrascendencia.

Sólo Cristo, dice Rosmini, era el "yo" perfectamente presente en el otro. De esto se puede decir: donde los hombres están en el tú de su prójimo, comienzan a conocer la verdad del individuo real. Según Rosmini, el hombre que está más en comunión es también el hombre que comprende tanto como es posible (Menke, *Mi corazón sea el tuyo*, p. 284).

La formación del corazón es el trabajo incesante, es decir, un esfuerzo constantemente progresivo hacia la autotrascendencia o "inobjetivación". El que rechaza la formación del corazón no puede reconocer la verdad y puede ponerla en práctica; Quien se abre a ella, en cambio, no peca ni siquiera

cuando no observa un mandamiento o una prohibición (ibíd., p. 284).

La gracia como autotranscendencia del corazón (...) Quien se deja conquistar por el sacrificio de Cristo convierte su pecado en obediencia, en ser-para-los demás – en la terminología de Rosmini: en "inobjetivación" (ibíd., p. 285).

La participación y la colaboración de la persona es lo que Dios pide y espera, como dos esperanzas que se encuentran, la de Dios y la del hombre, el corazón de la persona frente al corazón de Cristo (cf. *Dilexit nos.*).

Las intenciones de Rosmini son completamente incomprendidas, si se interpreta su insistencia en la confianza en el amor incondicional de la divina Providencia y si se interpretan los conceptos recurrentes de "justicia" y "pasividad" en el sentido teocéntrico de un "Dios todo, nosotros nada".

La realidad es al contrario. Puesto que el Dios trinitario es amor, no quiere que el hombre sea un mero receptor, sino más bien un dador de sí mismo. Se puede subrayar aún más: puesto que Él es amor, Dios no puede actuar en el mundo y en la historia sin aquellos que acogen su amor.

A los ojos del amor absoluto, ningún hombre es reemplazable; cada uno es una única misión, cuyo rechazo significa una falta de gracia, una falta de la presencia de Dios en este mundo (ibíd., p. 285).

El profesor Menke afirma que este movimiento de inobjetivación o autotranscendencia es tan fundamental para Rosmini que lo asimila a lo que él llama la santidad en los escritos y cartas espirituales, o la indiferencia, la humildad, el abandono de sí mismo, la aniquilación, la lucha espiritual y el sacrificio (cf. p. 283).

Romano Guardini, señala el profesor Menke, ya incluía a Rosmini junto con Pascal, Solov'ev y Newmann en una gran tradición de la "philosophia et theologia cordis", *ya que describe al hombre como una "síntesis" de cuerpo y espíritu, de voluntad y razón y, por lo tanto, como una "antena" de la realidad* (p. 273).

La autotranscendencia tiende a la oración como su centro: *Hazte conocer, oh mi Dios, comunica tu naturaleza a la mía para que yo pueda hacer lo que tú haces y querer lo que tú quieres* (Obras Espirituales, p. 223).

Padre, te pido el bien que él conoce, ese bien que ama su corazón, te pido lo que ya te ha pedido, todo lo que te ha pedido (ibíd., p. 225).

Deja que mi corazón sea el tuyo, deja que mi corazón sea el tuyo. Te pido lo que ese corazón de Jesucristo desea que te pida (ibíd., p. 227).

Quisiera rezar de nuevo con vosotros con las palabras del venerable François Xavier Van Thuan, desde su experiencia como obispo en prisión: "He elegido a Jesús"

*(...) Yo te elegí a ti,
y nunca me he arrepentido.*

Te oigo decirme:

"Permanece en mí. ¡Permanece en mi amor!"

Pero, ¿cómo podría permanecer en algún otro?

*Solo el amor puede hacer realidad
este extraordinario misterio.*

Entiendo que quieres toda mi vida.

"¡Todo! ¡Y por amor a ti!"

En el camino de la esperanza

Sigo cada uno de tus pasos.

Tus pasos errantes hacia el establo de Belén.

Tus pasos inquietos en el camino a Egipto.

Tus pasos rápidos hacia la casa de Nazaret.

Tus alegres pasos para subir con tus padres al Templo.

Tus pasos cansados en treinta años de trabajo.

Tus pasos rápidos en los tres años del anuncio de la Buena Noticia.

Tus pasos ansiosos en busca de la oveja perdida.

Tus dolorosos pasos al entrar en Jerusalén.

Tus pasos solitarios frente al pretorio.

Tus pesados pasos bajo la cruz en el camino al Calvario.

*Tus pasos vencidos, muertos y enterrados en una tumba que no es
la tuya.*

(...)

¡Cuán indigno soy de ser apóstol!

(...)

Lo perderé todo:

pero tú permanecerás conmigo.

Tu amor estará ahí

Para inundar mi corazón

de amor para todos.

Mi felicidad será total...

Por eso repito:

Yo te elegí a ti.

No te quiero nada más que a ti

y tu gloria.

Por último, quisiera recordar cómo uno de mis predecesores, el padre Bernardino Balsari, en su carta de Navidad de diciembre de 1922, consagró "el Instituto de la Caridad, sus casas y sus obras al Sagrado Corazón de Jesús", invitando a todas las comunidades al solemne acto con una carta que exponía las razones y las raíces espirituales de las enseñanzas del Padre Fundador y de los Padres de la Iglesia a los que amaba.

El modelo para vivir esta devoción, siguiendo a Rosmini en el Discurso sobre la Caridad, son san Pablo y san Juan Apóstol, imitadores del corazón de Jesús: *y hemos creído en el amor que Dios nos tiene (1 Jn 4,16)*.

¡Renovemos esta Consagración de "comunidad y protección", como indica el P. Balsari, en este Jubileo de la Esperanza!

La esperanza no defrauda: el Jubileo 2025

La esperanza se relaciona con la alegría: *alegres en la esperanza y fuertes en la tribulación*, nos repiten la liturgia con san Pablo (Rom 12, 12).

Es ese consuelo que es la presencia del Espíritu Santo, por el que pedimos estar siempre en alegría "semper gaudere". *Las alegrías y las esperanzas* son el horizonte de la Iglesia, en medio de *las tribulaciones y los sufrimientos* (Gaudium et spes, 1).

Es la alegría que el Bendito Padre Fundador nos indica como esencial y síntesis de toda la vida, su última palabra: ¡Adorar, callar, gozar!

El Jubileo es ante todo un tiempo de acción de gracias, de exultación, de alegría por lo esencial de la vida que redescubrimos más verdadera, grande y bella detrás de las lágrimas de arrepentimiento, de conversión, de peregrinación.

Dios ha sido bueno con nosotros y estamos contentos por ello (Sal 125), ¡como un fruto del Espíritu Santo! ¡*Dayenu!* Mucho menos habría sido suficiente, ¡pero *Dios ha hecho maravillas solo para nosotros!* ¡Qué hubiera sido de nosotros si su Providencia no nos hubiera sostenido!

Queridos hermanos, hermanas y amigos, les deseo que lloren de alegría y de emoción, no solo al recordar el año social que concluye o al comenzar el año jubilar, y al levantar los ojos y el alma de esperanza, sino también por la alegría en los momentos cotidianos de todo el año.

Damos gracias a Dios Padre por toda bondad y misericordia por haber llamado a nuestros novicios y postulantes a vivir plenamente su vocación bautismal, y por haber suscitado en muchos la inquietud de responder a su llamada: por nuestros aspirantes y por los jóvenes y las jóvenes que están en camino de discernimiento, por quienes participan en grupos vocacionales, por los hermanos y hermanas que se forman para ser adscritos, y por los nuevos adscritos y adscritas. Doy gracias a Dios Padre por los hermanos y hermanas que se dedican a su formación y acompañamiento.

Demos gracias juntos a Jesús por haber asociado a su sacerdocio eterno a los sacerdotes p. Binix, ordenado en la India el 9 de octubre y el padre Henry Mutune, que será ordenado en Kenia el 4 de enero de 2025; le damos gracias por haber llamado a Henry y Dani a servir como diáconos el pasado 1 de julio en Roma, y el próximo 4 de enero en Kenia a los queridos hermanos Reagan, Simon y Joseph Tembo.

Demos gracias al Espíritu Santo por el don de la alegría y la perseverancia en la vida religiosa y en el ministerio de nuestros hermanos, por los aniversarios de la consagración de nuestras hermanas, recemos por ellas para que cada día sea un Jubileo de esperanza en la vida y en el corazón:

Jubileos de Vida Religiosa

80° aniversario: Guido Malacarne;

70° aniversario: Gianfelice Vago, Gregorio Ferri, Mario Natale, Robin Paulson, Eric Willet;

65° aniversario: Vito Nardin, Thomas Coffey, Simon Giles;

60° aniversario: Giovanni Errigo;

40° aniversario: Paul Stiene, Polycarp Shayo;

25° aniversario: Vinod Kurian, Tom Thomas.

Jubileos de Ordenación sacerdotal

55° aniversario: Giuseppe Bonacina, Gianfelice Vago, Nazzareno Natale, Robin Paulson, Peter Mullen, David Myers, Michael O'Neill, Michael Melican, Matthew Gaffney;

50° aniversario: Aidan Cunningham;

25° aniversario: Michele Palermo, Jorge Rincón;

10° aniversario: Paul Gillham, Alfred Kimaryo, Aristid Shayo, Isaiah Nchimbi, Justus Okibo.

Demos gracias a la Providencia desde el fondo de nuestro corazón no solo por las personas, hermanos y hermanas, uniéndonos al júbilo por las obras, las cosas, todo lo que nos ha sido dado por pura gracia y nos permite servir y vivir la caridad.

En particular, estamos agradecidos por la llamada a estar presentes como rosminianos en Uganda y Vietnam, donde el Señor nos ha abierto la puerta de la esperanza desde hace algunos años con el don de las vocaciones.

En Uganda, con la nueva parroquia del beato Antonio Rosmini en Kiroba, en la diócesis de Jinja, inaugurada oficialmente el 30 de noviembre. Damos gracias a la Providencia por la nueva comunidad formada por el primer párroco, el P. Modesto y el coadjutor Joseph Tembo.

En Vietnam, damos gracias por la solidaridad y la cercanía recibidas de los cristianos -¡verdadera experiencia constante de Dios que nos ama primero!- y por la hospitalidad ofrecida por la parroquia de la Inmaculada Concepción en Ciudad Ho Chi Minh en los dos pisos superiores de la casa parroquial para la comunidad de candidatos y aspirantes.

De hecho, la "misión vietnamita" para el apostolado en Vietnam se estableció el pasado mes de septiembre. Se compone simplemente de tres escolásticos, nueve aspirantes y un candidato, pero el Espíritu Santo con el suave soplo de su Amor nos ha precedido constantemente, anticipando sorprendentemente nuestros pasos y preparándonos el camino. La alegría que deriva de ella es el signo inequívoco de su presencia en medio de nosotros. Damos gracias al Buen Pastor por estos jóvenes hermanos por su entusiasmo en la misión y en el testimonio cristiano.

Estos también son nuevos brotes para el Instituto de la Caridad, Uganda y Vietnam, brotes para una caridad más grande, regalos del Señor para nuestra pequeña familia.

Sé que hay muchos de estos "brotes" de esperanza en la familia rosminiana: escuchando a Madre Antonietta, al diácono Alexander, a Mama Gaspara y al testimonio misionero de Mama Servatrix, experimenté la alegría de una gran esperanza y también el deseo de caminar con confianza y paciencia, hija de la esperanza (cf. *Spes non confundit*, 4). No dejemos caer los brazos (Sof 3,16) en ninguna realidad o comunidad de la familia rosminiana: *!Dayenu!* Mucho menos hubiera sido suficiente, pero en cambio...

Jubileo Rosminiano 2028

La esperanza no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones a través del Espíritu que nos ha sido dado (Rom 5:1-2,5).

Las palabras del apóstol, que el Papa aprovechó para anunciar el Jubileo de la esperanza, guían nuestro camino en Jesús, nuestra esperanza.

La esperanza, de hecho, nace del amor y se funda en el amor que brota del Corazón de Jesús traspasado en la cruz. (...)

En efecto, es el Espíritu Santo, con su presencia perenne en el camino de la Iglesia, quien irradia la luz de la esperanza en los creyentes: la mantiene encendida como una antorcha que nunca se apaga, para dar sostén y vigor a nuestra vida.

La esperanza cristiana, en efecto, no engaña ni defrauda, porque se funda en la certeza de que nada ni nadie podrá separarnos del amor divino (Spes non confundit, 3).

Nos convertimos en peregrinos desde el Jubileo de la Esperanza 2025 hasta el Jubileo Rosminiano 2028, en el bicentenario del inicio del Instituto de la Caridad en el Sacro Monte Calvario de Domodossola.

Por lo tanto, una peregrinación que continuará, reconocemos que la necesitamos para redescubrir nuestra identidad y vivir nuestra espiritualidad en plenitud.

El Año Santo es el inicio para la familia rosminiana de una peregrinación de fe, esperanza y amor tras las huellas de Antonio Rosmini para vivir plenamente nuestra vocación al carisma de la caridad (cf. *Spes non confundit*, n. 5: un camino de esperanza)

Pero la Iglesia nos abraza en un camino aún más grande de paz y fraternidad.

Sabemos también que este Año Santo desembarcará en otra cita fundamental para todos los cristianos: en 2033, de hecho, se celebrarán los dos mil años de la Redención realizada mediante la pasión, muerte y resurrección del Señor Jesús. Nos enfrentamos, pues, a un camino marcado por grandes etapas, en las que la gracia de Dios precede y acompaña a las personas que caminan con celo en la fe, activas en la caridad y perseverantes en la esperanza (cf. 1 Ts 1, 3) (Spes non confundit, 6).

Estamos firmemente anclados en la esperanza (*Spes non confundit*, 18). En el largo camino que no podemos dejar de caminar, recibimos orientación, dirección y propósito de la esperanza en la que abundamos (Rom 15,13), de modo que también en nuestros gestos cotidianos todo está iluminado y alimentado por las razones de nuestra esperanza (1 Pe 3,15).

La imagen del ancla expresa nuestra vida firmemente aferrada a la esperanza, signo de seguridad y de guía cierta (Hb 6,18-20), más allá de las tempestades, del pecado, del miedo y de la muerte. El Papa nos invita: (...) *dejémonos atraer por la esperanza y permitámonos que se contagie a través de nosotros para aquellos que la desean (Spes non confundit, 25).*

Pasos de esperanza

Algunos aniversarios que queremos recordar también tienen el valor de pasos de esperanza.

Se celebró el 150º aniversario del Colegio Mellerio Rosmini de Domodossola (1874-2024), con iniciativas que transformaron el antiguo teatro en un Auditorio dedicado a la memoria de Don Tullio Bertamini (1924 - 2013), en ocasión del centenario de su nacimiento.

Este año conmemoramos el 160 aniversario de la presencia de los rosminianos en los Estados Unidos (1864-2024). Una fundación que se remonta a sus orígenes; misioneros conocidos

por el Padre Fundador y preparados por sus primeros compañeros. En la carta de Navidad de 1963, el P. Giovanni Gaddo celebró la iniciativa del P. Costa, llamado el apóstol de Illinois, y de los primeros compañeros. Una historia de servicio en la educación y la pastoral parroquial que llegó a tener presencia en una treintena de comunidades. Humildemente seguimos sus pasos hoy con perseverancia con nuestra presencia en Florida.

El sexagésimo aniversario del *Colegio Juan XIII* en Cabimas, Venezuela (1965-2025), fundado por el P. Giovanni Zantedeschi con sus primeros compañeros misioneros, en particular para esta escuela y las actividades pastorales relacionadas con los Padres Andrea Adobati y Arturo Villotti.

En 2025 también se conmemora el 50º aniversario de la muerte de un gran adscrito, el profesor Michele Federico Sciacca (1908-1975), apasionado estudioso de Antonio Rosmini, prolífico escritor y ferviente animador de los jóvenes en la investigación filosófica, alma del Centro Internacional de Estudios Rosminianos, creador de la Cátedra Rosmini. Un apóstol de la caridad intelectual, como servicio al sistema de la verdad.

Recordar y celebrar estos acontecimientos forma parte del Jubileo, nos hace recorrer caminos de esperanza para construir un futuro de paz en justicia.

Signos de esperanza

Esperanza, para decirlo de nuevo con Charles Peguy- Es la hermanita de la casa que hace muchas preguntas todo el tiempo, y alegremente quiere que vayamos a jugar con ella y nos pregunta si la reconocemos, si la encontramos en el escondite... ¿Ves los signos de esperanza en tu vida diaria, a tu alrededor?

¿Cuáles son los signos de esperanza en mi vida ahora?

¿Qué signos de los tiempos a mi alrededor piden esperanza?

La paz, transmitir la vida, iniciativas de libertad y amnistía que transmitan esperanza, las obras de misericordia, la cercanía a los enfermos y a los más débiles, el cuidado de los niños, de los estudiantes, de los novios, de las generaciones más jóvenes, alegría y esperanza de la Iglesia y del mundo. (*Spes non confundit*, nn. 7-12).

El Papa señala también otros signos de los tiempos, la respuesta a los migrantes, a los ancianos —abuelas y abuelos— y a los miles de millones de pobres, que a menudo carecen de lo necesario para la vida (nn. 13-15).

¿Cuáles son los signos de esperanza para nuestro pequeño Instituto, para la familia rosminiana? ¿Cuáles son los signos de los tiempos para nosotros como comunidad de discípulos misioneros?

Cosas marginales y aparentemente insignificantes, menores, son en realidad el signo para nosotros, nos "animan",

nos indican su presencia y podemos reconocerlo como Juan: *¡Es el Señor!* (Jn 21,7):

... Encontraron a un niño envuelto en pañales...

... Cuando vieron la estrella sintieron una alegría inmensa...

... entonces María respondió: ¡Aquí estoy, soy la esclava del Señor!

... Se oyó una voz del Cielo: ¡Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco!

... Jesús comenzó a decir: "Hoy se ha cumplido esta palabra que han escuchado"

... Jesús les respondió: "Solo se les dará la señal del profeta Jonás".

¿Qué signos de esperanza reconozco día a día?

¡La esperanza es la sonrisa de un Niño que ha nacido para nosotros!

Que todos seamos consolados por su sonrisa y su dulce mirada, y contagiados de Alegría para convertirse en sus discípulos misioneros!

Les abrazo en el corazón



Marco Tanghetti
Padre General

Roma, Navidad 2024
Inicio del Año Santo 2025
Jubileo de la Esperanza

FICHAS DE TRABAJO – ESTUDIO PERSONAL Y COMUNITARIO

FICHA I

Ahora sabemos un poco más, a partir de la doble experiencia en el Sínodo, el método de la conversación en el espíritu. Tal vez podamos empezar a utilizar en nuestras comunidades, en los consejos parroquiales y a nivel interno este medio que favorece el discernimiento a través de la escucha de todos, el silencio y el compartir a un nivel más profundo entre las personas para escuchar lo que el Espíritu Santo dice a las Iglesias (Ap. 2,7).

Puedes ver los pasos de la conversación en el Espíritu en: www.synod.va

De hecho, leemos en el documento final del Sínodo, a propósito de la espiritualidad sinodal (nn. 43-46):

La renovación de la comunidad cristiana sólo es posible reconociendo el primado de la gracia. Si falta profundidad espiritual personal y comunitaria, la sinodalidad se reduce a un expediente organizativo. (...) La Conversación en el Espíritu... se ha vivido como un camino de renovación que transforma a las personas, a los grupos, a la Iglesia. La palabra "conversación" expresa algo más que un simple diálogo: entrelaza armoniosamente el pensamiento y el sentimiento y genera un mundo de vida compartido. Por esta razón, se puede decir que la conversión está en juego en la conversación. (...) La gracia lleva a

término esta experiencia humana: conversar "en el Espíritu" significa vivir la experiencia de compartir a la luz de la fe y en la búsqueda de la voluntad de Dios, en un clima evangélico en el que el Espíritu Santo pueda hacer oír su voz inconfundible.

FICHA II

Oremos y meditemos juntos sobre esta oración de Robert Kennedy.

Contemplémonos a nosotros mismos con esperanza, con nuestras faltas y debilidades, con nuestras cruces "que llevamos con repugnancia".

Es también una oración cuyos sentimientos son los que el beato Antonio Rosmini nos sugiere como necesaria para iniciar la meditación diaria, "ordenada a la purificación del alma" (Lez. Spir. VIII).

Me abandono, oh Dios, en tus manos. Gira y mezcla esta arcilla una y otra vez, como arcilla en las manos del alfarero. Dale una forma y luego rómpelo, si quieres.

Pide, ordena, ¿qué quieres que haga? Exaltado, humillado, perseguido, incomprendido, calumniado, desconsolado, sufriente, inútil para todo, solo me queda decir, siguiendo el ejemplo de tu Madre: "Hágase en mí según tu palabra". Dame el amor por excelencia, el amor de la cruz, pero no de las cruces heroicas que podrían alimentar el amor propio, sino de esas cruces vulgares, que desgraciadamente llevo con repugnancia... De esas cruces que se encuentran todos los días en la contradicción, en el fracaso, en los falsos juicios, en la frialdad, en el rechazo y el desprecio de los demás, en el malestar y los defectos del cuerpo, en la oscuridad de la mente y en el silencio y la aridez del corazón. Solo entonces sabrás que te amo, aunque yo no lo sepa, pero eso es suficiente para mí.

Amén.

FICHA III

El Sínodo y su camino es fruto de esperanza para el camino de toda la Iglesia y al servicio de toda la humanidad. El Documento Final fue asumido por el Papa Francisco como guía después del Sínodo, así como diez temas particulares confiados a otras tantas comisiones para algunas decisiones que se tomarán antes de junio de 2025.

Analicemos las tres áreas principales del discernimiento sinodal, leyéndolas en nuestra situación comunitaria y ministerial (documento en www.synod.va):

- Juntos en la barca: la conversión de las relaciones
- "Lanzar las redes": Conversión de procesos
- Una pesca abundante: la conversión de lazos

FICHA IV

La encíclica del Papa "*Dilexit nos*" habla al corazón de los rosminianos y lee los grandes desafíos de la Iglesia y del mundo "con el corazón", "con un corazón que sabe ver", "nosotros frente al corazón de Cristo".

Dialoguemos juntos, destacando los aspectos rosminianos y las intuiciones que nos ayudan a desarrollar lo que la Iglesia nos pide hoy.

El beato Antonio Rosmini dice que la nuestra es una "religión del corazón". Un pasaje de las Constituciones que nos puede iluminar para comenzar nuestro encuentro de compartir y discernimiento, la definición del rosminiano, "el hombre vuelto a su corazón":

"Por lo tanto, el estado que amamos y elegimos es el oscuro y humilde, la vida escondida en Cristo, y el hermano de nuestro Instituto es un hombre vuelto a su corazón, que llora sobre sí mismo y está sentado en la tristeza de la penitencia" (C 525).

Y de "*Dilexit nos*":

Tomar el corazón en serio tiene consecuencias sociales. Como enseña el Concilio Vaticano II, «cada uno de nosotros debe esforzarse por cambiar su corazón, abriendo los ojos al mundo entero y a todas las cosas que los hombres pueden realizar juntos para llevar a la humanidad a un destino mejor» (Gaudium et spes, 82). En efecto, «los desequilibrios que padece el mundo contemporáneo están relacionados con el desequilibrio más profundo que está enraizado en el corazón humano» (GS, 10). (Dilexit núms, 29)

FICHA V

El Santo Padre ha pedido reescribir el Derecho Canónico y la *Ratio Fundamentalis* de la formación sacerdotal a la luz de la sinodalidad (Documento Final nº 148), que es el modo de ser Iglesia hoy. Participación, comunión, misión. ¿Cómo nos ve la conversión pastoral en el camino? ¿De qué manera la conversión propuesta por el beato Antonio Rosmini en las Cinco Llagas de la Iglesia nos mueve a la acción en la Iglesia de hoy, frente a los desafíos iluminados en el camino sinodal de cuatro años?

